

## CREO EN DIOS

Con estas palabras comienza la profesión de fe. Son el fundamento de todo lo que viene después y contienen en cierta manera todo el Credo (CIC 199). Todo lo que específicamente se cita en el Credo depende de nuestra creencia en Dios. Así dice la carta a los Hebreos: “Sin fe es imposible agradarle(a Dios). Pues todo el que quiere acercarse a Él debe creer que existe y que recompensa a aquellos que le buscan” ( Heb. 11:6).

Rudolf Bultman –el grande aunque también controvertido exegeta protestante- acuñó la frase de que Dios es “la realidad que todo lo define”. Si Dios existe, sólo Él puede ser nuestro “uno y todo”, y por tanto todo lo que somos y lo que poseemos debe venir y estar en sus manos. Y a la inversa, si así no fuera, lo que dice Ivan Karamazov en la novela de Dostoyevski sería cierto: “Si Dios no existe, todo está permitido”; y, podríamos añadir, “todo es un sinsentido”.

Se dice que siendo niño Santo Tomás de Aquino se hacía esta pregunta: “¿Quién es Dios?”. La respuesta no dejó de ocupar el resto de su vida. Cuando, ya como teólogo, habla de Dios, uno siente siempre, tras la sobriedad de sus palabras, una profunda reverencia por Dios. Esa reverencia, en la Sagrada Escritura se llama “Temor de Dios”.y se considera como “el comienzo de toda sabiduría”.La reverencia ante la grandeza y la santidad de Dios siempre han superado a los hombres cuando buscando con corazón abierto, se topan con el misterio de Dios.

Así Moisés se quita las sandalias y vela su rostro cuando se da cuenta de que Dios está presente en la zarza ardiente. Isaías se comporta de forma semejante cuando Dios le llama para que sea su profeta. Ante la grandeza de la magnificencia de Dios, a quien se le permite mirar, exclamará: “¡Ay de mí! Estoy perdido; pues soy un hombre de labios impuros” (Is 6:5). Y es el mismo Pedro que ante la experiencia de la pesca milagrosa exclama: “¡Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador!” (Lc 5:8). En presencia de lo santo, el ser humano se estremece y siente su propia insignificancia (CIC 208). Aún más, en el encuentro con la presencia de Dios, las cosas no permanecen en el estado de “terror sagrado”.

En el episodio de la zarza ardiente, Dios se define como “Yo soy el que soy” (Ex 3:12). Se revela a sí mismo como un Dios “clemente y rico en misericordia”, “abundante y firme en amor y fidelidad” (Ex. 34:6). Juntas están en Dios grandeza y cercanía, santidad y misericordia. (CIC 210).

Todo lo terreno es mudable, está capturado en un constante ir y venir. De manera semejante es inconstante nuestro corazón, como hemos a menudo aprendido gracias a dolorosas experiencias. Esto todavía hace más consolador saber en fe, que Dios está ahí, que no se retira. El salmista ora: “Ellos (el cielo y la tierra) perecerán, pero Tú continuarás” (Salmo 102:26). Dios es “El que es”, por toda la eternidad, y como tal permanece fiel a sí mismo y a sus promesas”. (CIC 212). No puede engañarnos porque es la misma verdad, no puede defraudarnos porque es amor.

Santa Teresa de Ávila expresión todo esto de forma admirable en su bien conocida “letrilla” citada en el Catecismo (227):

NADA TE TURBE  
NADA TE ESPANTE  
TODO SE PASA  
DIOS NO SE MUDA  
LA PACIENCIA, TODO LO ALCANZA  
QUIE A DIOS TIENE

NADA LE FALTA  
SÓLO DIOS BASTA.